

EL CORREDOR

Manuel Fernando Loaiza Vera



Capítulo 1

EL CORREDOR

Todavía no habían dado las ocho y él ya estaba terminando la segunda tasa de café. A través de la ventana veía una muchedumbre y pensó que si hubiera amanecido lloviendo, esos sindicalistas no estarían haciendo alboroto. Entre la multitud vio la silueta flaca y desgarrada de Arturo, y deseó no haberle enseñado a ser tan puntual.

Lo vio entrar a la cafetería y pedir algo, seguramente un café oscuro y sin azúcar, se tomó un sorbo del suyo y observó que todavía conservaba una expresión infantil.

—¡Hola pá! ¿cómo amaneció?

—Bien mijo, ¿y usted?

—Pues he estado mejor, pero también he estado peor. ¿Y mi mamá?

—En la casa, estamos muy preocupados por usted.

—¿Y eso por qué?

—Por qué va a ser, ¿ya vio las noticias?

—Pues precisamente de eso quería hablarle. Yo también estaba muy nervioso, pero creo que todo se puede solucionar. ¿Usted todavía se habla con el abogado de la secretaría de educación?

—Me llamó anoche, y esta mañana estuvimos chateando.

—¡Ah juemadre! ¡que bien!, ¿será que lo podemos llamar ahora y hablamos con él?

—¿Y qué le vamos a decir?

—Le voy a contar. Ayer por la mañana, antes de las siete, una de las señoras del restaurante— la mesera le sirvió un café oscuro, dejó la cuenta sobre la mesa y retiró la tasa vacía— me regaló dos cajas con refrigerios que sobraron.

—Gracias.

—Gracias.

—Con mucho gusto, ¿desea algo más?

—No, gracias.

El papá de Arturo le extendió la mano abierta, para darle continuidad al relato.

—Yo me los llevé para el laboratorio, usted sabe que ahora con esa ley anti corrupción es peligroso quedarse con esa leche, ¿peculado es que se llama eso?.

El papá de Arturo asintió con la cabeza.

—Me asusté mucho porque un tipo con cara de policía me vio cuando los estaba guardando, aún así los dejé dentro y cuando iba a cerrar la puerta con llave, Mariana, ¿se acuerda de la paisa hermosa que sale con el rector?

—Sí, sí me acuerdo, usted fue con ella a la casa.

—Pues me cogió la mano y me pidió que esperara, que necesitaba que le hiciera un favor.

—¿Usted se acuerda la historia que le conté cuando estaba pequeño? La del tipo que estaba en un bar y se dejó enredar de una mona, y cuando al otro día se despertó, en la tina de un hotel, no tenía riñones.

—Sí señor, claro.

—No sé por qué pero sospecho que la suya es una historia parecida.

—Pero la mía tiene un final feliz.

—Yo creo que no.

—En todo caso... Me pasó un papel con una receta, disque de la abuela, con unos ingredientes raros: huevos podridos, pedazos de culebra, el corazón de un cerdo, entre otras cosas. Me pidió que le prestara la balanza para sacar las dosis exactas, ya llevaba todo guardado en una bolsa negra. Al principio me negué, me ofendió que me pidiera el laboratorio, que no es una cocina, para una cuestión que no tiene relación con las actividades académicas, y además, esas leches estaban muy visibles. Ella insistió tanto, y está tan buena, que no pude sostenerme en la negativa. Le dije que esperara un momentico, que el laboratorio estaba sucio, y aproveche para guardar la mitad de las leches en el maletín y el resto en un armario. La dejé entrar y le pregunté para que servía la

receta, entonces me contó que el novio, ese pendejo del rector, ¿se acuerda?

—¿Alejandro?

—Sí, ese, usted lo conoce del sindicato. Ese idiota estaba saliendo con otra, aún cuando estaba comprometido con Mariana, entonces ella le pidió una receta a la abuela, que disque es bruja, para amarrarlo.

—Juagadura de calzón.

—Algo así.

—Y entonces...

—Me dio piedra, y pensé en decirle que no, ¡que tal prestar el laboratorio para esas pendejadasi, pero lo pensé bien y me di cuenta de que era una gran oportunidad, llevo un buen tiempo queriendo salir con esa hembra.

—No mijo, esa es mucha mujer para usted, nosotros somos muy feos, y los profesores, con ese sueldo que se ganan, no pueden aspirar a comprar una novia bonita, muy duro que haya salido feo y antojado.

—¿Me va a dejar contar o no?— Don Victor meneó la cabeza— igual, le recibí los ingredientes y exageré las dosis, más que amarrarlo, le iba era a soltar, pero una diarrea la hijueputa.

Don Victor lo miró con desaprobación.

—Le pasé el frasco con la dosis lista. Al otro día me levanté livianito, de lo más de animado. No estaba lloviendo y amaneció temprano, pensé que iba a ser un buen día. Lo primero que hice cuando llegué al colegio fue ir a buscar a Mariana para preguntarle cómo le había ido, pero no la encontré. Bajé a la secretaria y pregunté por Alejandro, la secretaria quitó un arrume de papeles que le tapaban la cara y estaba inundada en lágrimas, le pregunté qué le pasaba y subió volumen al televisor. Un periodista estaba haciendo un reportaje sobre la muerte del rector del colegio. Tomé del mostrador una hoja de permiso, que nunca faltan, y le pedí a la secretaria, antes de que terminará la noticia, que en ausencia del jefe me lo firmara ella. Me miró con odio pero cumplió su función. Salí corriendo y cogí un taxi hacia el apartamento, pero me bajé cuatro cuadras antes.

—¿Para que no supieran que estaba allí?

—Sí, claro. Pensé que la pócima esa lo había envenenado, y como Mariana no fue al colegio, seguro estaba con la policía e iba a decir que fui yo quien preparó el brebaje. Dos cuadras antes de llegar a la casa vi al policía que me pilló la leche. Se quedó mirándome, pero yo hice como si

no lo hubiera visto y seguí derecho. Dejé el morral sobre la cama y empaqué ropa, como para una semana, en la maleta. Intenté arreglar un poquito antes de irme y vi que había tirado por debajo de la puerta un papel que el afán no me había dejado notar. Era una citación para que me presentará en inspección y vigilancia.

—¿Inspección y vigilancia?

—No sé por qué, me imagino que solo me iban a hacer la indagatoria, pero los abogados del sindicato lograron que no me citaran en la fiscalía.

Don Victor abrió los ojos y luego frunció el ceño.

—En todo caso... Me asusté mucho, así que medio organicé y salí del apartamento, pero cuando iba cerrar con llave apareció el policía que se pilló lo de las leches. Se presentó pero no le puse cuidado porque cuando me habló la señora del aseo estaba colocando el aviso de piso mojado. El tipo estaba furioso, me dijo que el sabía de mi complot y que me iba a hundir, que se me iba a ir hondo. Le dije que ya tenía la citación y que no tenía nada que hablar con él, pero cuando me iba me agarró del brazo y yo lo empujé. Estaba muy asustado y se me fue la mano, lo tumbé y salí corriendo mientras la señora de aseo gritaba insultos, creo que relacionados con el piso porque no le entendí.

—Mijo vayámonos de aquí, ¿trajo el carro?

—No, vine en bus.

—Mejor, yo traje el mio.

Salieron de la cafetería y se metieron entre la multitud. Cuando iban saliendo del parqueadero comenzaron a caer las primeras goteras que aguarían la manifestación. El panorama quiso combinar con las nubes y se puso gris.

—¿Después qué hizo?

—Me fui para unas residencias que colocaron por la plaza de toros. La idea era esconderme unos días, mientras podía hablar con usted, lo llamé varias veces y no me contestó. Encendí el televisor, para ver si me relajaba, y vi la noticia, ahora sí completa: Mariana en un ataque de celos empujó a Alejandro por las escaleras y, al parecer, el golpe le ocasionó la muerte.

—Sí, yo también lo vi.

—A partir de ese momento me serené, hasta risa me dio, tanto miedo y tan poca vergüenza. Pero bueno, lo importante fue que me salí de ese

problema. Ahora solo me queda lo del agente, de seguro me imputan cargos por lo del empujón, pero ese abogado del sindicato seguro me saca de esta.

Don Victor ya se estaba alejando de bastante, estaban a escasos tres kilómetros de la terminal de transporte. Paró en y se parqueó en una estación de gasolina, entraron a la cafetería y otra vez pidieron tinto.

—¿Usted sabe cómo se llamaba el agente?

—No, le dije que no me di cuenta.

Don Victor sacó su teléfono, buscó en la galería uno de los videos recibidos por whatsapp y le dijo a Arturo que el abogado se lo había enviado en la mañana, antes de la seis. El video era sobre la noticia de la muerte de Leonardo Avila, apreciado líder sindical y candidato independiente a la alcaldía, debido a una hemorragia interna causada por un fuerte golpe en la cabeza. Según María Alonso, empleada de servicios generales del edificio, el dueño del apartamento 305 del edificio Belén, Arturo Ocampo, había golpeado al hombre contra la pared del pasillo, salió corriendo y le dejó inconsciente. La novia de la victima, Isabella Cortés, indica que no escuchó nada en el momento en que su vecino asesinaba a Leonardo, pero los gritos de doña María le alertaron y cuando salió, su novio yacía muerto en el piso.

Al parecer, Arturo Ocampo, docente de química en un colegio estatal, es el principal cabecilla del cartel de la leche, un grupo que se apropia de los alimentos del Plan Alimentario Estudiantil y los vende a operadores clandestinos de yogur. El hombre, al parecer, habría empujado a Leonardo Ávila contra la pared causándole un trauma en la cabeza que le costaría la vida. Todo parece indicar que Ocampo, al darse cuenta de la citación para comparecer en el departamento de Inspección y Vigilancia de la secretaría de educación y explicar la malversación de los recursos del PAE, decidió vengarse de su vecino, quien precisamente trabajaba en inspección y vigilancia, y le golpeó hasta matarlo. La noticia cierra con la declaración del jefe de policía indicando que están tras la pista del profesor y que no descansaran hasta esclarecer los hechos.

Arturo terminó el tinto, le dio un beso a su papá en la frente y salió corriendo.